

¡Ojalá todo el pueblo del Señor fuera profeta y recibiera tu Espíritu! (Núm 11, 29)

Este número de TESTIMONIO es un esfuerzo para bien situar la palabra profecía en el corazón de la vida consagrada. La dimensión profética forma parte de lo más original de la misma. Podemos afirmar que la mística de buena calidad permite narrar las maravillas que el Señor hace. El profeta propone las que quiere realizar en los otros y las hace vida.

Para atreverse a defender “el pan y la alegría” de todos, como canta Sabina, es indispensable el talante profético. Mientras haya profecía no faltarán religiosos con pasión y compasión que ayudarán a transformar la tristeza en gozo y la violencia en compasión. A ellos les toca poner vigor en la Iglesia y situar a la vida consagrada al servicio de ese vigor. “Lo que hemos visto y oído no lo podemos callar” (D. Bonhoeffer). Hay que entrar en el dinamismo que genera vida. Este tiempo nuestro está más necesitado que nunca de vigías que señalen la aurora. Ellos verán los signos que aparecen en lontananza. Acertarán a interpretarlos y, por supuesto, a convertirlos en propuestas. La crisis por la que pasa la Iglesia y la vida religiosa es, ante todo, una crisis de mística y de profecía. La mística no se consolida con la mística, sino con el profetismo; y el profetismo con la mística. Ambas realidades dan una intensidad única a algunos momentos de nuestra existencia.

Profética fue la llamada a la comunión que hizo el Patriarca ortodoxo Ignacio IV: “Tenemos una necesidad urgente de iniciativas proféticas para hacer salir al ecumenismo de los meandros en los cuales se está empantanando. Tenemos necesidad urgente de profetas y de santos a fin de ayudar

a las Iglesias a convertirse por el perdón recíproco... Debemos privilegiar el lenguaje de la comunión por encima de la jurisdicción". Ese es también el espíritu y la letra de este número de TESTIMONIO. En él se pueden leer páginas llenas de inspiración. Más de uno da la impresión que las ha escrito de rodillas y poniendo mucha atención a lo que el Señor le dictaba. Son párrafos que transmiten lo nuevo, lo exigente, lo radical y lo verdadero.

Como a todos, me ha tocado convivir con personas con talante profético. A alguno más de una vez le he preguntado cuál era el secreto para asimilar lo que emanaba de él. Al oírle narrar su historia me he convencido que con frecuencia el místico no se da cuenta de que está en comunión con el Señor y tampoco el profeta tiene conciencia clara de que está profetizando. Eso es bueno.

La profecía no tiene edad. Se puede ver en las experiencias de este número. Para asimilar esta originalidad nos viene bien a todos el momento profético intenso. Necesitamos inmersiones en Dios y en la realidad que nos dejen con tono profético. Querer meter en nuestro ADN el espíritu profético no es fácil. Dejar de hacerlo de modo habitual es peligroso. Para que se dé, la mística es necesaria, es como una lente que focaliza la luz sobre lo que tiene que ser iluminado. Ser místico y ser profeta y ejercitarse en estos ministerios es costoso. Son llamadas sorpresivas en las vidas de algunos de los creyentes. Nadie nace profeta. Nos hacemos a través de un duro aprendizaje.

¡Ojalá todo el pueblo del Señor fuera profeta y recibiera el Espíritu del Señor! (Números 11, 29). Esta es la profunda exclamación de Moisés. Esta conversión a la profecía es urgente y en parte es un movimiento en marcha en la vida consagrada. Así lo expresa, con no poco optimismo, W. Bühlmann: "El segundo milenio ha estado caracterizado por la Iglesia como jerarquía, por los eclesiásticos y los obispos príncipes, cardenales o papas... En el tercer milenio, la Iglesia se presentará como pueblo de Dios y se hará sentir el carisma de todos los creyentes. Habrá muchas iniciativas procedentes del pueblo, de todos los niveles, que conducirán a un incomparable enriquecimiento de la vida de la Iglesia. Se hará sentir ciertamente la era del Espíritu Santo, como se había prometido al principio, y este Espíritu se derramará sobre toda persona... y todos se convertirán en profetas" (cf. Hch 2, 17) (W. Bühlmann, La Iglesia a las puertas del tercer milenio).

Nuestra generación se sonríe con demasiada frecuencia ante los profetas de todo tipo. Por lo mismo, a ratos les ve como una comitiva de turistas caídos en paracaídas sobre un espacio que bien puede ser el desierto. Sin embargo, deberían ser nuestros compañeros de camino más buscados. Para eso se escribió este número. La Iglesia y la vida consagrada nece-

sitan darse hoy un respiro y recobrar alma. Tienen que caminar por esta historia con los ojos abiertos. Solo con fidelidad creativa recuperaremos el mordiente profético que debe acompañar al creyente del siglo XXI. El corazón del profeta recoge toda la denuncia del pobre y se hace pobre. Así, su denuncia, llena de indignación, se transforma en anuncio que lleva a una experiencia de comunión y también a una exigencia de justicia y compasión. Al recorrer este número de TESTIMONIO se concluye que no importa lo que la gente diga de la experiencia profética. Importa tenerla. Quienes la poseen han adquirido un tesoro que para ellos se convierte en fuente de vida, de sentido, de belleza y de algo que da un esplendor nuevo a la humanidad y a cada persona. Para que muchos la vivan se han escrito estas páginas. No hay duda de que es urgente una renovada mistagogía de la experiencia profética. Los que reciben «el don místico» necesitan ser acompañados para ahondar en él. Podemos decir con Victor Hugo que «nada hay más fuerte que una idea a la que le ha llegado su hora».

Es falso el rumor de la próxima desaparición de la vida consagrada y del cristianismo. Desaparición que unos esperan y otros temen y hacen de todo para evitarla. J. Lacán piensa que “El cristianismo no ha dicho aún su última palabra”. La vida consagrada, tampoco. Nos hallamos en una de las encrucijadas de su historia. Para afrontarla bien necesitamos la acción de los profetas, uno de los mejores frutos de la vida consagrada.